

Chamanes y robots

Roger Bartra

Chamanes y robots

Reflexiones sobre el efecto placebo
y la conciencia artificial



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: «Your Conscious Unconscious», 2016, foto © Armando Veve

Primera edición: octubre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Roger Bartra, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6444-1

Depósito Legal: B. 20381-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

PRÓLOGO

La gran expansión de la inteligencia artificial eliminará miles de empleos en el futuro cercano y está sustituyendo desde hace tiempo a trabajadores por robots que realizan con mayor eficacia y rapidez tareas que hacían los humanos. Estamos viviendo una profunda revolución tecnológica. Se está generalizando el temor de que estas máquinas inteligentes adquieran formas superiores de conciencia y que incluso logren absorber a mentes humanas que funcionarían con soportes artificiales y sin cuerpos biológicos. Hay quienes tienen esperanzas de que este futuro robótico genere nuevas formas de vida humana liberadas de su estrecha condición biológica. En realidad, los humanos desde su origen se han apoyado en prótesis artificiales que han expandido extraordinariamente los límites biológicos de la conciencia. Pero hoy hay un extraordinario desarrollo de sofisticadas máquinas dotadas de inteligencia artificial.

En este ensayo quiero explorar la extensión de las

funciones de la conciencia en las redes culturales que los humanos han tejido y lo quiero hacer partiendo del ejemplo de la manera en que los rituales influyen en las texturas cerebrales. Quiero explorar los ritos chamánicos, desde sus expresiones antiguas o tradicionales hasta las formas en que se presentan en la medicina moderna. En el núcleo de estos rituales se encuentra un fenómeno, el llamado efecto placebo, que cada día es más reconocido y estudiado. El efecto placebo implica una estrecha relación funcional entre los artificios de la cultura y las operaciones biológicas del sistema nervioso central. Por ello, podemos encontrar en este fenómeno claves importantes sobre el funcionamiento de la mente humana conectada a la artificialidad de rituales y prótesis de índole cultural. Estas son precisamente las claves que los ingenieros quieren descifrar para intentar que los robots funcionen con estructuras conscientes similares a las humanas. Así que hay cierto paralelismo entre los procesos que desencadena un chamán o un médico en la mente de los enfermos que quieren sanar y los mecanismos que construye un ingeniero para dotar a un robot de algo semejante a la conciencia. En ambos casos se trata de una ligazón entre procesos artificiales y conductas conscientes. Si los robots van a ser conscientes, deberán ser contruidos como sistemas mixtos, a semejanza del carácter híbrido de la conciencia de que están dotados los humanos.

Hay dos temas que permiten relacionar el fenómeno chamánico con la robótica: el sufrimiento y el placer. Los rituales de sanación de médicos y chamanes están encaminados a disminuir o eliminar el dolor y los tor-

mentos que padecen los humanos, y a proporcionarles placer y bienestar. Por su parte, la inteligencia artificial y los robots son construidos, en principio, con el objetivo de reducir las fatigas y las penas que afligen a los humanos cuando trabajan. El trabajo, como la enfermedad, es una fuente de dolor y penuria. No quiero decir que el trabajo sea una enfermedad, pero sin duda ambos son condiciones que generan sufrimiento. El problema al que se enfrentan los constructores de robots es que sus máquinas carecen de sensibilidad, y sin ella parece difícil que pueda existir la conciencia. Estamos ante una paradoja: la conciencia está sustentada en el sufrimiento, pero los humanos estamos empeñados en aliviarlo o incluso eliminarlo. Los robots que hoy conocemos son máquinas insensibles que no sufren, y por ello mismo no parece que puedan tener conciencia.

Hay que destacar la otra dimensión de las emociones y los sentimientos, el placer, que se conecta con la exploración de la conciencia. Muchas de las prótesis que extienden la conciencia hacia las esferas sociales están concebidas para complacer, aliviar y dar placer. Y el efecto placebo que trato en la primera parte de este libro se refiere directamente a la manera de proporcionar placer, además de alivio, a los seres humanos. Desde fines del siglo XVIII la literatura médica comienza a reconocer el placebo como un medicamento administrado al enfermo más para darle placer que para que resulte beneficiado. Más adelante se comenzará a ver que el placer mismo puede ser un beneficio, aunque la sustancia recetada al paciente sea inocua. Pero los robots que conocemos y sobre los que reflexiono en la

segunda parte de este libro son totalmente ajenos al placer y a las emociones. ¿Qué puede significar esta condición insensible para quienes se dedican a construir inteligencias artificiales y pretenden dotar a las máquinas de una conciencia artificial? En las páginas que siguen inicio una exploración sobre algunas dimensiones artificiales de la conciencia que no abordé en mi libro *Antropología del cerebro: el efecto placebo y la conciencia de los robots*.¹ Me parece que son aspectos muy significativos sobre los cuales hay que reflexionar y que pueden contribuir a entender el misterio de la conciencia humana.

Hay quienes están convencidos de que la conciencia es una mera ilusión provocada por el funcionamiento de nuestro cerebro, y que por lo tanto no hay ningún misterio que investigar. La conciencia sería una especie de truco generado por la actividad neuronal. En contraste, desde la perspectiva del pansiquismo, hay quienes creen que hay conciencia en todo el universo y que su expresión en los humanos es solamente una variante compleja de un fenómeno cósmico. Otros postulan que la conciencia es una fuerza fundamental, similar a la gravedad. Hay teorías que buscan anclarse más en la realidad y plantean que la conciencia es un fenómeno cuántico o un proceso físico cuya naturaleza todavía no conocemos. En la misma línea se cree que la conciencia debe ser un fenómeno físico emergente que provoca un salto a una forma de gran complejidad.

1. *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, Pre-Textos, Valencia, 2014. La primera edición es de 2006.

La explicación de la conciencia más extendida es, desde luego, la religiosa, que la considera una entidad espiritual y metafísica.

Yo parto de la idea de que la conciencia es un fenómeno híbrido singular propio de los humanos. Con más precisión, diría que se trata de la autoconciencia. Es la unión de dos esferas, la cerebral y la cultural, cada una de las cuales responde a leyes diferentes y cuya confluencia es todavía un fenómeno no bien explicado. Mi propuesta se enfrenta a un problema: confluyen aquí dos expresiones científicas que responden a muy diferentes realidades, la neurología y la antropología. Son dos esferas científicas, las ciencias naturales y las ciencias sociales, que han alimentado desde hace mucho tiempo una desconfianza mutua. Las intromisiones de la biología en la sociología no han dado resultados muy fructíferos y han provocado cierto rechazo de quienes estudian los fenómenos sociales y culturales. Por otro lado, quienes parten de disciplinas duras, como la física, la química y la biología, suelen dudar del carácter científico de la antropología y la sociología. El abismo que separa a las ciencias naturales de las sociales es más grande que el que divide, por ejemplo, a la física cuántica de la gravitacional. Somos todavía víctimas de esa antigua segregación que, como afirmó C. P. Snow, separó la cultura científica de la humanista.

El lector de este libro podrá comprobar que los temas abordados requieren unir la dimensión biológica con la cultural. Cuando se agrega el problema robótico nos topamos además con las dificultades de vincular la mecánica cibernética con las dimensiones

biológicas y sociales. Hoy en día pocos reconocen la necesidad de trabajar en la unificación y articulación de dominios científicos tan alejados. Estas dificultades le dan a este libro el carácter ensayístico de una búsqueda en territorios llenos de paradojas.

I. Los rituales del placer y la palabra

Antropología del efecto placebo

1. EL PLACEBO

Quiero invitar al lector a un viaje que se aventura por territorios escabrosos pero intelectualmente estimulantes y, espero, divertidos. Es un camino riesgoso y retorcido que pasa por las ideas de un médico árabe del siglo IX, por los lamentos artificiales de los sicofantes medievales que se alquilaban para llorar a los difuntos y que nos conduce hacia los chamanes indígenas del Chaco paraguayo. Después las peripecias continúan hasta llegar a los curanderos kunas de Panamá estudiados por los antropólogos y los rituales psicoanalíticos encaminados a curar la esquizofrenia, para después comentar las investigaciones neurológicas sobre el efecto placebo. Llegaremos también a una breve discusión sobre la catarsis, los amuletos electrónicos modernos y el transhumanismo.

¿Qué me propongo en este viaje? Busco pruebas que demuestren que para entender el fenómeno de la conciencia humana es necesario escapar del cráneo que encierra al cerebro. Es una expedición antropológica

que explora un tema inquietante: el llamado efecto placebo. Me interesé en el tema de la conciencia hace mucho y la búsqueda me llevó a escribir un libro, *Antropología del cerebro*, que se publicó en 2006. Pero una vez publicado me di cuenta de que no había examinado un fenómeno —el placebo— que es una prueba que apoya mis interpretaciones sobre los vínculos del cerebro con su entorno social y cultural. En el curso de las investigaciones me he topado con una gran resistencia de algunos neurocientíficos que no admiten que la conciencia pueda estar parcialmente ubicada fuera del cerebro, en las redes simbólicas de la sociedad. La conciencia, creen, no puede ser un fenómeno externo al cerebro y no admiten que pueda ejercer influencia sobre la actividad neuronal.

La idea de que la conciencia de los humanos es incapaz de influir en el funcionamiento del cerebro proviene de la afirmación de un principio científico fundamental: el mundo físico está cerrado causalmente y en consecuencia ninguna entidad espiritual o metafísica puede interferir en las operaciones del sistema nervioso central. Muchos neurocientíficos ven con sospecha el estudio de condiciones psicosomáticas que implican una interacción entre el cuerpo y la mente, cuando se supone que esta última es un fenómeno metafísico. La idea de que el espacio somático está cerrado tiene un importante punto de partida en la conocida aseveración de T. H. Huxley, el gran biólogo inglés del siglo XIX, según la cual la conciencia es un efecto colateral del funcionamiento del cuerpo que carece de poder para influir en los procesos somáticos.

Según Huxley, los humanos son autómatas conscientes. La conciencia sería un epifenómeno similar al silbato de una locomotora o a la sombra que sigue al paseante en un día soleado, fenómenos que no influyen en el movimiento del tren o en el andar del que camina. Esta manera de entender la conciencia se encuentra todavía muy extendida entre los neurocientíficos. A esta idea se agrega en muchas ocasiones una explicación simplista y reduccionista del problema de la conciencia: se trataría de un fenómeno o proceso que ocurre totalmente dentro del cerebro y que no tendría ninguna base extrabiológica.

Yo critiqué esta interpretación cuando desarrollé la idea de que la conciencia incluye una especie de prótesis simbólica que prolonga, en los espacios culturales, algunas funciones de las redes neuronales. Esta prótesis, que he definido como un exocerebro, está compuesta principalmente por el habla, el arte, la música, las memorias artificiales y diversas estructuras simbólicas. Algo muy importante en mi teoría radica en la afirmación de que los elementos exocerebrales de la conciencia tienen un poder causal y son capaces de modificar y modular la operación y las funciones de las redes neuronales. Estos circuitos exocerebrales no son instancias metafísicas y no se encuentran fuera de la clausura causal en la que los científicos circunscriben, con razón, sus explicaciones.

Para sustentar esta afirmación he emprendido la exploración del extraño y fascinante proceso que los médicos denominan efecto placebo. Este efecto es una realidad, y por lo tanto se trata de una prueba de que

las estructuras simbólicas arraigadas en la cultura son capaces de influir en las funciones cerebrales por medio de la conciencia. Los estudios científicos muestran que el uso de sustancias farmacológicamente inocuas o la práctica de operaciones simuladas tienen repercusiones somáticas comprobables. La clave del efecto placebo se halla en el hecho de que el paciente cree firmemente que el remedio que aplica un médico (o un chamán) es eficiente. Se ha mostrado que el placebo produce efectos fisiológicos observables, como cambios en la presión, el ritmo cardíaco, la actividad gástrica, y deja señales incluso en las redes neuronales. Los placebos han sido usados con éxito en el tratamiento del dolor, la ansiedad, la depresión, las úlceras, las enfermedades de la piel, la artritis reumatoide, el asma, la presión sanguínea alta, las enfermedades autoinmunes e incluso el párkinson. Menos estudiado es el efecto nocebo, el reverso del placebo.

Para iniciar mis reflexiones, quiero explorar un antecedente histórico medieval muy significativo del uso medicinal del efecto placebo. Se trata del texto de un médico sirio que vivió aproximadamente entre los años 830 y 910 d. C. Este médico medieval, por supuesto, no usó el término «placebo». Esta palabra tiene su origen en un error cometido por san Jerónimo al traducir del hebreo al latín el noveno versículo del salmo 114 (116). En lugar de traducir «Caminaré en presencia de Yahvé por la tierra de los vivos», escribió: «Placeré al Señor en la región de los vivos» (*Placebo Domino in regione vivorum*). A partir de esta equivocación sucedió que, durante la Edad Media, los profesio-

nales encargados por las familias de llorar a sus muertos con frecuencia iniciaban el lamento artificial con el versículo 9 del salmo 114. Aquí el llanto «artificial» sustituía al «verdadero». Era frecuente que los sicofantes alquilados para abrir las Vísperas de Difuntos con su llanto artificial iniciasen los lamentos recitando ese mismo verso en latín. Por ello estos profesionales del lamento fueron llamados placebos, y así la palabra adquirió la connotación de adulador. Posteriormente el término se usó para referirse al medicamento falso que se recetaba para complacer al enfermo. El placebo acabó aludiendo a algo «artificial» que se cree «verdadero». Lo esencial es la creencia o la fe en un acto que se inscribe en el ritual oficiado por un brujo, un sacerdote o un médico, quienes con el poder de la palabra y de la simulación producen efectos curativos y placenteros.

Así pues, desde su mismo origen, la idea de placebo se liga a un ritual que tiene por objetivo disminuir el displacer ocasionado por las desgracias ocurridas, como la muerte de un ser querido, o las provocadas por la enfermedad. El ritual trata de dispensar placer y alivio a las personas dañadas o maltratadas. Así que el error de san Jerónimo nos conecta con la necesidad de proporcionar placer, de complacer, a quienes sufren. El efecto placebo está inscrito en los rituales del placer, apoyados en el inmenso poder de la palabra. Pero, a diferencia de lo que quería san Jerónimo, no buscan complacer a la divinidad sino aliviar a los humanos de los males que los aquejan. A Freud le hubiera gustado pensar que los rituales del placebo se encuentran ligados

al «principio del placer», a los procesos anímicos que empujan a las personas a buscar una satisfacción agradable, procesos solo reprimidos por el «principio de realidad», que para evitar peligros logra que se aplace la satisfacción o incluso que se renuncie a ella.¹

1. «Más allá del principio del placer» [1920], en *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, p. 2509.

2. LAS LIGADURAS DE QUSTA IBN LUQA

El médico sirio del siglo IX al que quiero referirme se llamó Qusta ibn Luqa al Ba'labakki, que traducido quiere decir Constantino hijo de Lucas nativo de Baalbek. La ciudad siria donde nació hacia 830 fue conocida como Heliópolis durante la época romana. Hoy se encuentra en el Líbano, a unos ochenta kilómetros al este de Beirut y unos cincuenta y cinco kilómetros al norte de Damasco. Qusta ibn Luqa, de origen griego, fue un cristiano melquita cuyos escritos en árabe fueron muy importantes en la transmisión de la sabiduría griega al mundo árabe.¹ Vivió mucho tiempo en Bagdad y murió en Armenia en torno del 910. La influencia en Occidente de este médico, filósofo, astrónomo, músico y matemático árabe se puede comprobar por el hecho de que

1. Los melquitas fueron los cristianos de Siria, Egipto y Palestina fieles al emperador (Malka, en siriaco) de Bizancio. Originalmente las iglesias melquitas tenían su propio rito, pero acabaron adoptando el ritual bizantino.

uno de sus libros, *Sobre la diferencia entre el espíritu y el alma* (o el pneuma y la psique), fue uno de los pocos textos no escritos por Aristóteles que fueron incluidos en la lista de lecturas que elaboraron los maestros de la facultad de artes en París en 1254 como parte del estudio de la filosofía natural. Tradujo muchas obras científicas griegas al árabe y fue autor de decenas de obras.¹

Siendo cristiano, Luqa escribió una guía médica para los peregrinos a La Meca (*Risāla Fī Tadbīr Safar Al-ḥaǧǧ*), donde recomienda la mejor dieta para el viajero, las posibles enfermedades que lo pueden afectar por el camino y la manera de tratarlas. Se refiere a la fatiga, el dolor de oído, enfermedades de los bronquios, la drancunculiasis ocasionada por la lombriz de Guinea, las picaduras de insectos y problemas ocasionados por el polvo.

Quṣṭa ibn Luqa escribió en árabe un breve tratado, que solo ha sobrevivido en su traducción latina, titulado *Ligaduras físicas, o sobre encantamientos, conjuros y colgantes en el cuello* [*De phisicis ligaturi (De incantatione adiuratione colli suspensione)*].² No se conoce ningún manuscrito del original árabe. Hay quince manuscritos de la versión latina, los más antiguos del siglo XII. En

1. Giuseppe Gabrieli, «Nota bibliografica su Quṣṭā ibn Lū qā», *Rendiconti della Reale Accademia dei Lincei*, Classe di Scienze Morali, Storiche e Filologiche, serie 5, XXI, Roma, 1912-1913, pp. 361ss.

2. Uso la transcripción en latín y la traducción al inglés de Judith Wilcox y John M. Riddle en su estudio «Quṣṭā ibn Lūqā's *Physical ligatures* and the recognition of the placebo effect», en *Medieval Encounters*, vol. I, n.º 1: 1-50, junio de 1995.

forma impresa circuló como parte de las obras compiladas de otros autores, como Constantino el Africano, Galeno, Arnau de Vilanova y Cornelius Agrippa. Generalmente aparecía con el título *De incantatione*. Es el primer tratado médico conocido que reconoce el efecto placebo, y que está abierto a nuevas perspectivas en el tratamiento de las enfermedades mentales. Este texto tiene la forma de una carta a su hijo, quien le ha preguntado si son efectivos los encantamientos, conjuros y colgijes, y si hay explicaciones para ello en los textos griegos, tal como sí las hay en los libros de los indios.

Qusta debió conocer bien la medicina hindú, que influyó mucho en las prácticas médicas del Bagdad de su época. Desde luego, en la India se practicaba una medicina de gran complejidad y sofisticación, y para nada se reducía al uso de conjuros y amuletos. Incluso hubo médicos hindús que ejercieron en Bagdad, y textos clásicos de la medicina hindú fueron traducidos al árabe. Manka, un célebre médico hindú que vivía en la corte de Harún al-Rashid, tradujo textos médicos del sánscrito.

Su texto *Ligaduras físicas* comienza por establecer que los antiguos «parecen estar de acuerdo en que la complexión del cuerpo corresponde al poder del alma» y que si esta se encuentra en equilibrio «la acción del cuerpo será igualmente perfecta». Pero advierte que si la complexión del cuerpo está en desequilibrio, el alma también será imperfecta. «Así», escribe Qusta, «se ve casi siempre que son imperfectos los movimientos del alma en los niños, los viejos y las mujeres», lo que confirma

que «la complexión de su cuerpo es también imperfecta, y esta imperfección afecta también a los habitantes de regiones destempladas, como podemos esperar con el calor en Etiopía y el frío en Escocia».¹ De aquí concluye que si alguien tiene confianza en un encantamiento, ello le ayudará, pues la complexión del cuerpo sigue la del alma: «y ello se comprueba», dice, «por el hecho de que el miedo, la tristeza, la alegría y el estupor provocan en el cuerpo no solo un cambio de color, sino también otras maneras, como la diarrea, el estreñimiento o la debilidad extrema». Y agrega: «Más aún, yo he visto que estas cosas son causa de una alteración prolongada de la salud, especialmente en las alteraciones que dañan la mente.»

En este contexto, la referencia que hace Quista a Platón es muy significativa. Dice que, según Platón, cuando el entendimiento es firme, aunque de manera natural no sea saludable, un objeto podrá ser útil gracias a las intenciones de la mente, por lo que si alguien tiene confianza en un encantamiento, ello puede ayudar, y en esa medida cualquier cosa, sea lo que sea, lo puede auxiliar. Se trata de una referencia al diálogo *Cármides*. Allí Sócrates le receta a Cármides, joven atractivo e inteligente, un remedio para sus dolores de cabeza. Le dice que debe tomar cierta hierba (*pharmako*), pero que es necesario añadir unas palabras mágicas (*epode*), un conjuro que Sócrates aprendió de un médico tracio discípulo de Zalmoxis, un dios que

1. Seguramente el traductor al latín sustituyó Escitia por Escocia. Los textos hipocráticos hacen referencia a los escitas.

les prometió la inmortalidad a sus devotos.¹ Sócrates advierte a Cármenes: «Se trata el alma valiéndose de ciertas palabras mágicas. Estas palabras mágicas son bellos discursos. Gracias a estos bellos discursos la sabiduría toma raíz en las almas, y, una vez arraigada y viva, nada más fácil que procurar la salud a la cabeza y a todo el cuerpo.»

Es la curación por la palabra y Quista la invoca siguiendo el ejemplo de los médicos indios que creen firmemente que los conjuros y los encantos son útiles. Añade una referencia a Hipócrates comentado por Galeno: «Si uno dice que cuando los humores corporales cambian, el movimiento del alma cambia de igual manera, entonces no es equivocado decir que la mutación del alma modifica a esos mismos humores.» Así, el humor colérico incrementa el conocimiento y el intelecto; la melancolía induce continencia e inclinación por el estudio; la complexión sanguínea impulsa el deseo de hablar y caminar; la flema, en cambio, no afecta al alma. En consecuencia, Quista cree que de este principio se deriva que, a la inversa, el médico ayudará al alma por medio de un encantamiento, un conjuro o un colgante en el cuello; y, como consecuencia, se curará también el cuerpo.

1. El término *epode*, en español «epoda» o «epodo», era usado por Homero para referirse a las palabras que tienen un efecto terapéutico. En el *Cármenes* se trata de un encantamiento o conjuro. Epodo es el último verso de una estancia repetido muchas veces, y en la poesía griega era la tercera parte de un canto lírico (estrofa, antistrofa y epodo).

A continuación Qusta procede a dar varios ejemplos. El primero es el caso de un gran noble que se queja ante el médico sirio de estar sujeto a una ligadura que le sujeta el pene y le bloquea el placer sexual. Se refería a un hilo invisible que mediante brujería o un conjuro diabólico volvía impotentes a los hombres. El reto consiste en cambiar el pensamiento del noble e inducirlo a creer en un remedio. El noble se resiste tercaamente a cambiar de opinión hasta que Qusta le lleva el *Libro de Cleopatra* para leerle un párrafo. Se refiere a la *Cosmética*, un libro atribuido a Cleopatra que se conoce solamente por citas, pues no ha sobrevivido el texto. «Leí el pasaje», dice el médico sirio, «donde dice que alguien así ligado debe frotarse por todo el cuerpo bilis de cuervo mezclada con aceite de sésamo. Al oír esto confió en las palabras del libro y lo hizo; tan pronto fue liberado de la ligadura creció su deseo por tener relaciones.»

Después pasa a los ejemplos de objetos colgados al cuello con fines curativos. Cita los casos en que Aristóteles habla del poder curativo de las piedras suspendidas en el cuello, como la esmeralda, que protege contra la epilepsia, el zafiro, que ahuyenta la pestilencia, y la caledonia (especie de ágata), que evita las pesadillas. El ónix, en contraste, colgado al cuello induce al pleito y provoca malos sueños.

Escribe que Galeno recomienda para los dolores de estómago y vientre colgarse una bolsa con los excrementos de un lobo que ha comido huesos de oveja. Dioscórides tiene un remedio para la epilepsia: cuando la luna está creciendo, hay que cortar el vientre de una

golondrina joven que está poniendo por primera vez para encontrar allí dos piedras, una de una sola tonalidad y la otra multicolor; hay que juntarlas en una bolsa de cuero de ternero para colgarla del cuello. También Dioscórides recomienda, para incrementar el deseo sexual, colgarse un ojo de cabra salvaje atado con raíces de mejorana dulce. Si el colguije es un dedo de niño abortado, la mujer no podrá concebir. Los médicos indios, por su parte, para impedir permanentemente el embarazo aconsejan verter excremento de elefante mezclado con aguamiel en la vulva de la mujer.

Qusta dice que no ha probado estos remedios aconsejados por los antiguos griegos ni tampoco los que recomienda la medicina védica de la India. Pero no niega su eficacia. Un médico griego del siglo II d. C., cuyas ideas seguramente conoció Qusta, Sorano de Éfeso, ya había abordado el tema del uso de amuletos mágicos y dijo que, aunque no tenían ningún efecto directo, no se oponía a su uso porque alegraban al enfermo. Sorano era conocido por su tratado de ginecología y aceptaba la magia y la superstición para que las pacientes se sintiesen en confianza con el médico, pero no creía que tuvieran ninguna influencia en el curso de la enfermedad. En cambio, la innovación de Qusta ibn Luqa consiste en afirmar que si el paciente tiene confianza en los objetos mágicos y los conjuros se produce un efecto saludable en su cuerpo. Es decir, reconoce el poder de la sugestión y la persuasión.

Qusta termina su texto inspirado en Platón, y afirma que un exceso de racionalidad de los médicos impide entender muchas enfermedades, pues se concen-

tran solamente en el cuerpo y olvidan el conjunto, que incluye el psiquismo. «En algunos casos», dice, «ciertas sustancias tienen propiedades incomprensibles para la razón, porque su sutileza no es canalizada por los sentidos, debido a su gran profundidad.» Es decir que la sola razón no puede penetrar la esencia de ciertas cosas. Entre las cosas incomprensibles, dice Qusta, tenemos la acción de un imán atrayendo hierro, el plomo que quiebra el diamante, cosa que no puede hacer el fierro, la soda (hidróxido de sodio) que no puede ser quemada por el fuego, y el hecho de que cierto pez al ser tocado ocasiona la pérdida del sentido (se refiere a la raya o la anguila eléctrica). Conocemos estos hechos por sus propiedades y no por las razones que permitirían entender su esencia. Así, dice Qusta, «las cosas colgadas del cuello ayudan por sus propiedades y no por su naturaleza interna», es decir, porque «fortalecen la mente». Es decir, se conocen sus propiedades ocultas solamente por sus efectos.

Estamos, creo yo, ante una explicación antigua de la manera en que ciertas prótesis simbólicas (los colgijes, los amuletos y los conjuros) se adaptan al funcionamiento de las redes neuronales, gracias a lo cual se producen efectos en el cuerpo. Es lo que caracteriza al efecto placebo. Es posible, como se ha dicho, que una buena parte de los tratamientos médicos usados antes de la era moderna fueran en realidad ejemplos del efecto placebo. Es por ello sintomático el hecho de que, aunque el texto de Qusta circuló ampliamente en Occidente, su explicación no se incluyó en los modelos de la medicina académica. No es sino hasta mediados del

siglo XX cuando la medicina comienza a reconocer la importancia del efecto placebo.

Al leer las explicaciones de Qusta ibn Luqa puede asombrarnos su semejanza con los procesos descritos por los médicos actuales. Ciertamente, hoy los médicos no hablan de la influencia de los rituales mágicos y los conjuros en el equilibrio de los cuatro humores hipocráticos. Pero reconocen, en el efecto placebo, la influencia del entorno sociocultural y simbólico en los flujos de endorfinas y dopaminas en el cuerpo humano. Al mismo tiempo, hoy en las sociedades modernas todavía hay creencias populares en el poder saludable de toda clase de collares y pulseras magnéticas; es el caso de los famosos brazaletes Nikken, las pulseras Power Balance, los colgijes con metales o piedras que supuestamente contienen vibraciones de energía con propiedades curativas, como los collares de titanio o los que emiten iones negativos. Hay que agregar los escapularios devocionales con funciones de talismán o amuleto, tan comunes en la imaginería católica popular. Sean píldoras inocuas o collares energéticos, se trata de prótesis con poder sanador que son manipuladas por médicos o merolicos gracias al poder de la palabra.

El texto de Qusta enfatiza la importancia que tiene la manipulación del alma para curar el cuerpo. Trata de dar una explicación hipocrática y platónica de las prácticas médicas que provienen, nos dice, de la India. En realidad, se refirió más a prácticas mágicas populares que a las complejas tradiciones médicas hindús, que usaban tanto la herbolaria como la cirugía. Acepta

que no puede comprender cómo la *naturaleza* de los amuletos colgantes ejerce una influencia en el cuerpo, pero afirma que entiende cómo sus *propiedades* influyen –a través de la mente– en los procesos corporales. El uso médico del efecto placebo, tal como se practica hoy, parte de la premisa de la naturaleza inocua de sustancias o prácticas, pero acepta que tienen efectos en el cuerpo que es necesario comprender y que, aparentemente, pasan a través de la conciencia.